“Crueldad feroz y antinatural”: Cortés y la conquista de México

Inga Clendinnen

I

La conquista de México nos importa porque nos plantea una pregunta dolorosa: ¿Cómo pudo ser que un heterogéneo puñado de aventureros españoles, nunca más de cuatrocientos o acaso poco más, fue capaz de vencer a un poder militar amerindio en su propio territorio en el término de dos años? ¿Qué había en los españoles, o en los indios, que hizo tan improbable la posible victoria? La pregunta no ha perdido su potencia a través del tiempo, y mientras las consecuencias de la victoria continúan desplegándose, gana en agudeza.

Las respuestas a esa pregunta venían fácilmente a la mente de los hombres del siglo dieciséis. La conquista ocupó a españoles y otros europeos porque proveía el primer gran paradigma para los encuentros de europeos con estados organizados nativos; un paradigma que rápidamente tomó la potencia y la conveniente flexibilidad del mito. A comienzos de la década de 1540, apenas veinte años después de la caída de México-Tenochtitlan ante las fuerzas lideradas por Hernando Cortés, Juan Ginés Sepúlveda, capellán y cronista del emperador español Carlos V, escribió un trabajo que ha sido descrito como “la más virulenta e inflexible argumentación sobre la inferioridad de los indios americanos jamás escrita”. Sepúlveda recitó “la historia de México, contrastando al noble y valiente Cortés con un temeroso y cobarde Moctezuma, cuyo pueblo debido a la injusta deserción de su líder natural demostró su indiferencia a las bondades de la república ”. Hacia 1585 el franciscano Fray Bernardino de Sahagún había revisado un temprano relato de la Conquista, escrito más desde el punto de vista nativo y desde las memorias de los nativos mexicas, para producir una versión en la cual el rol de Cortés fue exaltado, las acciones españolas justificadas y la totalidad de la conquista presentada como providencial.

La conquista mexicana como modelo para las relaciones europeo- nativas fue reanimada para el mundo angloparlante a través de la maravillosamente dramática *Historia de la Conquista de México* escrita por W. H. Prescott en los primeros años de la década de 1840, un bestseller en aquellos días gloriosos en que la Historia todavía enseñaba lecciones. La lección que la gran historia enseñaba era que los europeos triunfarían sobre los nativos, a pesar de lo formidable de las diferencias aparentes, debidas a la superioridad cultural, que se manifestaba visiblemente en el equipamiento pero que residía mucho más poderosamente en cualidades mentales y morales. Prescott presentó la victoria española como fluyendo directamente del contraste y la relación entre los dos líderes: el gobernante mexica Moctezuma, despótico, estéril, y fatalmente indeciso por la “ mancha” de una religión irracional y Cortés, su adversario infinitamente fértil en recursos. Prescott encontró en la persona del comandante español el modelo de hombre europeo: despiadado, pragmático, orientado a una sola idea, y (dejando de lado el infortunado exceso de catolicismo español) soberbiamente racional en su inteligencia manipulativa, su flexibilidad estratégica y su capacidad para decidir un curso de acción y persistir en él.

Los contornos generales de la fábula prescottiana son aún claramente discernibles en el trabajo sobre la Conquista más reciente e intelectualmente más sofisticado, *La Conquista de*

América: el problema del otro, de Tzvetan Todorov. Confrontados por el reto europeo, los mexicas de Todorov son “otros” en un sentido que los condena. Dominados por una forma cíclica de entender el tiempo, perseguidos por los presagios, eran incapaces de improvisar frente al inaudito reto español. A pesar de ser “maestros en el arte del discurso ritual”, no pudieron producir “mensajes apropiados y efectivos”; Moctezuma, por ejemplo, patéticamente envía oro “para convencer a sus visitantes de abandonar el país”. Todorov está indeciso acerca de la visión de Moctezuma sobre los españoles, reconocida la opacidad de las fuentes; sin embargo él presenta la “paralizante creencia de que los españoles eran dioses” como un error fatal. “El error de los indios no duró mucho, sólo lo suficiente como para que la batalla estuviera definitivamente perdida y América quedara sujeta a Europa”, lo cual parecería ser lo suficientemente largo.

Por contraste, el Cortés de Todorov se mueve libre y efectivamente, “no sólo practicando constantemente el arte de la adaptación e improvisación, sino también estando alerta sobre el mismo y reivindicándolo como el fundamento de su conducta”. Un “especialista en comunicación humana”, él asegura su control sobre el imperio mexica (en una conquista que Todorov caracteriza como “fácil”) a través de su “ dominio de los signos”. Nótese que éste no es un idiosincrático talento individual, sino una capacidad cultural europea fundada en “la habilidad para leer y escribir”, en la cual la escritura es considerada “no como herramienta, sino como índice de evolución de las estructuras mentales”: es esa evolución la que libera la inteligencia, la flexibilidad estratégica y la sofisticación semiótica a través de la cual Cortés y sus hombres triunfan.

En lo que sigue quiero hacer una revisión de los fundamentos para este tipo de pretensiones sobre la naturaleza del contraste entre las maneras de pensamiento de europeos e indios durante el encuentro de la conquista, y sugerir un relato bastante diferente de lo que estaba pasando entre los dos pueblos. Primeramente, una visión general de los principales eventos. Analistas y participantes acuerdan a la vez en que la Conquista se consigue en dos fases. La primera comenzó con la llegada a tierra de los españoles en abril de 1519 y la asunción por parte de Cortés del comando independiente en desafío al gobernador de Cuba, protector de Cortés y su expedición; la marcha de los españoles tierra adentro, en compañía de indios de la costa recientemente conquistados por los mexicas, marcada primeramente por sangrientas batallas y luego por la alianza con la provincia independiente de Tlaxcala; su entrada sin ser resistida en Tenochtitlan- Tlatelolco, la ciudad imperial mexica, una magnífica ciudad lacustre de 200.000 habitantes o más unida a tierra por tres grandes calzadas; la captura del gobernante mexicano Moctezuma por los españoles, y su dificultoso gobierno a través de él por espacio de seis meses; el arribo a la costa de una fuerza española mucho mayor proveniente desde Cuba bajo el mando de Pánfilo Narváez con el encargo de arrestar a Cortés, su derrota e incorporación en la propia fuerza de Cortés; un “levantamiento” nativo en Tenochtitlan, disparado en ausencia de Cortés (por una masacre de desarmados guerreros bailarines durante un ritual); la expulsión de las fuerzas españolas, con grandes pérdidas, al final de junio de 1520 en la llamada “Noche Triste” y la muerte de Moctezuma, probablemente a manos españolas, inmediatamente después de esta expulsión. Fin de la primera fase. La segunda fase es mucho más corta en el relato, a pesar de extenderse en un mismo espacio de tiempo: poco más de un año. Los españoles se refugiaron en la amigable Tlaxcala para recobrar salud y moral. Luego reemprendieron el ataque, reduciendo a las menos numerosas ciudades de

la costa del lago, reclutando aliados, no todos ellos voluntarios, y colocando a Tenochtitlan bajo sitio en mayo de 1521. La ciudad cayó bajo la combinación de las fuerzas de Cortés y de un surtido de indios “aliados” a mediados de agosto de 1521. Final de la segunda fase.

Los analistas de la conquista se han concentrado en la primera fase, atraídos por la promisoria bocanada de exotismo en las respuestas de Moctezuma -admitiendo a los españoles en su ciudad, su docilidad en cautiverio- y por el sentido de que las consecuencias finales eran, de alguna manera, inmanentes a esa respuesta, a pesar de la remoción de Moctezuma del centro de la escena debido a la derrota un buen año antes de la caída de la ciudad y a pesar de la miserable situación de los españoles en los oscurísimos días antes de esa caída, abandonados en el camino, despojados de refugio y protección, con los mexica reducidos delante y sus “aliados”, potenciales lobos, detrás. Este desalentador consenso en cuanto a la invencibilidad hispánica y vulnerabilidad india florece de la demasiado vehemente aceptación de documentos claves, principalmente españoles pero también indios, como directa y adecuadamente descriptivos de la realidad, más que como las construcciones míticas que en gran parte son. Las cartas de Cortés y los relatos indios más importantes de la derrota de su ciudad deben tanto a la dirección del impulso de la imaginación como al devoto registro de los eventos tal como ocurrieron. La manipulación consciente, si bien puede estar presente, no es el resultado más interesante aquí, pero sí el más sutil, poderoso, insidioso deseo humano de oficiar una historia coherente y dramáticamente satisfactoria a partir de la experiencia fragmentaria y ambigua, o (la tentación del historiador) a partir de la “evidencia” fragmentaria y ambigua con la que tenemos que trabajar.

Contra el consenso señalo el confortablemente simple examen de Paul Veyne: “La crítica histórica tiene sólo una función: responder la pregunta que sobre ella se hace el historiador: ‘Creo que el documento me enseña esto: ¿ Debo confiar en que lo hace?’” El documento puede contarnos de buena gana acerca de la proclividad de hacer historias, y esto nos introduce en el mundo cultural del que hace historias. También puede contarnos acerca de las acciones, sosteniendo así la promesa de confirmar los patrones de conducta y de ellos poder inferir los supuestos convencionales de la gente cuyas interacciones estamos tratando de entender. Puede contarnos acerca de secuencias de acción que arrojan luz sobre impulsos y motivaciones menos reconocidas por el escritor, o (cuando está registrando las acciones de otros) que probablemente ni siquiera son conocidas por él. Las páginas que siguen proveerán ejemplos de todo esto. El desafío está en ser a la vez acordes a las posibilidades y respetuosos de las limitaciones del material que tenemos.

La predilección por construir historias está fuertemente presente en la mayor parte de las fuentes españolas. La desordenada serie de eventos que comenzó con la llegada a la costa este ha sido modelada en una inolvidable historia de éxitos libremente tomada de las narraciones de Cortés y Bernal Díaz, quienes eran parte de la acción; el soberbio e irresistible movimiento hacia atrás que tanto cautivó a Prescott, una selección y secuenciamiento impuesto por hombres prácticos en la escritura y en la tradición narrativa europea y, con su diestramente oculto conocimiento de los resultados, cuando los resultados eran

conocidos. El soldado de infantería Díaz, al completar su “Verdadera Historia” de la Conquista a edad avanzada, puede hacernos aplaudir con su relato de otro ataque indio, pero a los ochenta y cuatro años sabía que estaba legando a sus nietos una “historia verdadera y notable” sobre el triunfo de los valientes. El comandante Cortés, al escribir sus reportes para el rey español en el momento mismo de los eventos, había repudiado la autoridad de su protector y superior, el gobernador de Cuba, y por lo tanto estaba formalmente rebelándose contra la autoridad real. Estaba por tanto, desesperado por establecer sus credenciales. Sus cartas son espléndidas ficciones, marcadas por sagaces elisiones, omisiones, invenciones y un transparente deseo de impresionar a Carlos de España con su propia indispensabilidad. Uno de los múltiples deleites en su lectura es observar la creación de algo similar a la figura de Horacio, un soldado ejemplar y sencillamente leal, irreflexivamente obediente a su rey y a las leyes escritas: todos atributos implícitamente desmentidos por el perfecto control y cálculo de la construcción literaria en sí misma.

La elegancia del oficio literario de Cortés está refinadamente indicada por su manejo de un intimidante problema de presentación. En su “Segunda Carta”, escrita a fin de octubre de 1520 en la víspera de la segunda acometida contra Tenochtitlan, de algún modo pudo informar al rey español el asombro ante el esplendor de la ciudad imperial, los tempranos movimientos, el período de peligrosa autoridad, la corriente de oro, la acumulación de magníficas riquezas - y la espectacular debacle de la expulsión, con los tropiezos en el agua, el pánico, la pérdida de oro, caballos, artillería, reputación y demasiadas vidas españolas. La solución de Cortés fue la más devota dedicación a un estricto despliegue narrativo de los hechos, entonces la ciudad está sorprendida; Moctezuma habla, pone malas caras; el mercado palpita y zumba; canoas cargadas se deslizan a través de los canales; y más hasta la oscura catástrofe. Y en todo momento continúa la construcción de su persona como líder: infinitamente flexible, a pesar de eso irreflexivamente leal; infinitamente lleno de recursos, con todo fastidioso en refinamientos legales; magníficamente osado en estrategia y actuación, con todo imbuido de una fina precaución en el cálculo de costos.

J. H. Elliot y Anthony Pagden han rastreado los filamentos de la trama de ficciones de Cortés hasta las hebras de la cultura política española y hasta su particular y agudo brete dentro de ella, explicando el tema del “ retorno de los legítimos herederos” demostrando su necesidad funcional en la estrategia legalista de Cortés, la cual en cambio giraba en torno a la cesión voluntaria por parte de Moctezuma de su imperio y su autoridad a Carlos de España - una noción espléndidamente poco plausible, a pesar de que muchos la han creído -. Dada la necesidad de demostrar su propia indispensabilidad, no es sorprendente que a lo largo del camino Cortés pueda reivindicar “el arte de la adaptación y la improvisación” como “el verdadero principio de su conducta”, y que nosotros, como su audiencia real, podamos ser impresionados por su comando de hombres y eventos: dominando y engañando a Moctezuma; neutralizando la desafección española apelando al deber, la ley y la fe; manejando a los indios con palabras amables, severa justicia y muestras de superioridad de las armas españolas y la prioridad del dios español.

La teoría del “retorno del gobernante- dios” fue fuertemente reforzada por

el Códice Florentino de Sahagún, un recuento enciclopédico de la vida nativa antes del contacto compilado a partir de las memorias de informantes nativos sobrevivientes. El libro 12 trata sobre la Conquista. Introduce un Moctezuma paralizado por el terror, primero debido a los presagios y luego por la convicción de que Cortés era el dios Quetzalcoatl, Padre serpiente, retornado. Nos son dadas vívidas descripciones de las vacilaciones de Moctezuma, sus trémulas decisiones, el derrumbamiento de su voluntad, mientras espera la llegada de los españoles, y luego de su aquiescencia en sus depredaciones, mientras sus amos lo abandonan en disgusto. La historia de Sahagún es de aparición muy tardía, haciendo su primera aparición más de treinta años después de la Conquista, y a la luz del examen de Veyne falla conspicuamente. Dentro de las cerradas políticas de la tradicional Tenochtitlan, donde edad y rango daban status, pocos hombres podían haber tenido acceso a la persona de Moctezuma, mucho menos a sus pensamientos, y los informantes de Sahagún, hombres jóvenes y de poca importancia en 1520, no podrían haber estado entre esos pocos. En la primera fase ellos pueden informar sobre ciertos incidentes (la entrada de los españoles en la ciudad, la masacre de los guerreros-bailarines) que eran de público conocimiento, y de los cuales fueron tal vez, testigos a pesar de que su reporte, es valioso recordar, estará construido de acuerdo con nociones de significación mexicas. Ellos hablan con autoridad y precisión sobre la batalla, especialmente la de la segunda fase, en la cual al menos algunos parecen haber estado envueltos. Pero la dramática descripción de la desintegración de Moctezuma, compatible como es con los relatos “oficiales” españoles, carga con el sello de chivo expiatorio a un líder que ha verdaderamente admitido a los españoles en su ciudad en vida, y por lo tanto está obligado a afrontar el peso de las indeseables consecuencias una vez muerto. Lo que los informantes ofrecen para la mayor parte de la primera fase es una desvergonzada y mítica historia, un relato de lo que “debió” haber sucedido (mezclado con un poco de lo que realmente sucedió) en una satisfactoria mezcla de tiempo colapsado, episodios suprimidos, y encuentros referidos dramáticamente como si vinieran a ser entendidos en los amargos años posteriores a la Conquista. Con la fina economía del mito, a Moctezuma se lo representa como tomado prisionero por los españoles en su encuentro inicial, de allí en adelante para ser su desamparado juguete, guiándolos hacia sus tesoros, “cada uno sosteniéndolo, cada uno agarrándolo”, en tanto saqueaban y rapiñaban a voluntad. En el relato del dominico Diego Durán, terminado sesenta años después de la Conquista, construido en parte sobre crónicas nativas pintadas desconocidas para nosotros, en parte sobre las memorias de los conquistadores, este proceso de destilación de la “verdad” esencial es llevado más lejos aún, con Moctezuma descrito en el relato nativo como siendo llevado ya prisionero por sus señores luego de su primer encuentro con Cortés, con sus pies encadenados. Es probable que Durán haya realizado una interpretación literal de una representación simbólica: en el retrospectivo entendimiento nativo Moctezuma fue realmente un prisionero de los españoles, un icono encadenado, desde los primeros momentos.

A lo largo de la primera fase de la Conquista podemos íntimamente “leer” las intenciones de Cortés, asumiendo su perspectiva y por tanto, asumiendo su eficacia. El comandante español vigorosamente le promete a su rey “ llevar (a

Moctezuma) vivo y encadenado o hacerlo súbdito de su Majestad Real". Él continúa "con ese propósito me puse en camino desde el pueblo de Cempoalla, a la que rebauticé Sevilla, el dieciséis de agosto con quince hombres de caballería y trescientos soldados de infantería, tan bien equipados para la guerra como las condiciones me permitieron hacerlo." Ahí lo tenemos: intenciones de guerra claras, ciudades nativas rebautizadas como posesiones en una nueva forma de gobierno, un ejército en movimiento. Acostumbrado al doble lenguaje de la diplomacia, tomamos la persistente prédica de amistad de Cortés y la inocencia de sus intenciones hacia los emisarios de Moctezuma como transparentes engaños, y culpamos a Moctezuma por no reconocerlos o, si los reconoció, por haber dejado de actuar. Pero Cortés declaró que había llegado como embajador, y como embajador él parece haber sido recibido. Aún si Moctezuma de algún modo hubiera adivinado la intención hostil de los españoles, atacar sin advertencia formal no era opción para un gobernante de su magnificencia. Nosotros leemos la conducta de Moctezuma confiadamente, pero aquí nuestra confianza (como la de Cortés) deriva de la ignorancia. Cortés interpretó los primeros "regalos" de Moctezuma como gestos de sumisión o ingenuos intentos de soborno. Pero Moctezuma, como otros líderes amerindios, se comunicaba tanto a través del esplendor y status de sus emisarios, sus gestos y sobre todo por sus regalos, como por las delicadas diferencias de sentido en la mayor parte de su discurso convencional. Cortés no pudo leer ninguno de aquellos mensajes no verbales, tampoco está claro que su intérprete Náhuatl, Doña Marina, una mujer y una esclava, quisiera o pudiera informarlo de los protocolos en los cuales estaban entramados: éstos eran los altos y públicos asuntos de los hombres. Los regalos de Moctezuma eran las declaraciones de dominio, soberbios gestos de riqueza y liberalidad vueltos más gloriosos por la arrogante humildad de su cesión: declaraciones para las cuales los españoles carecían tanto del ingenio como de los medios con que responder. (A la siguiente ostentación de regalos, transportado por más de cien hombres e incluyendo las famosas "ruedas de carro" de oro y plata, la respuesta de Cortés fue una copa de cristal Florentino y tres camisas de fino lienzo) Los intercambios verbales para toda la primera fase no eran mucho menos esforzados. Y a pesar de aquellas comillas que reafirman el discurso directo, de todos aquellos fluidos discursos transmitidos a través de una cadena de intérpretes, con una abducción a un diferente sistema de significados a cada paso, una lucha por aproximarse a conceptos no familiares. No podemos conocer en qué punto se produjo la tergiversación de la noción india de "aquel que paga tributo", usualmente bajo compulsión y sin acarrear sentido de obligación, a la noción española de "vasallo", con su connotación de lealtad, pero sí sabemos que fue una tergiversación grave. La identificable confusión, la cual debía ser sólo una fracción del total, corrió a ambos lados. Por ejemplo, Cortés, aplicado en transmitir, inocente curiosidad, honestidad y adulación, repetidamente informaba a los embajadores mexicanos que deseaba llegar a Tenochtitlan "para mirar a Moctezuma a la cara". Esa determinación destinada a un hombre cuya aura era tal que nadie podía mirar a su cara salvo selectos parientes de sangre debe haber parecido maravillosamente misteriosa y muy posiblemente siniestra.

Ejemplos de comunicación errónea se multiplicaron. En este enredo de apuntes perdidos y mensajes equivocados, el "control de las comunicaciones"

parece haber evadido a ambas partes por igual. Allí hay otra casualidad. Nuestros más cuidadosos interrogantes sobre los documentos supervivientes no pueden satisfacer nuestra curiosidad sobre el sentido de la conducta de Moctezuma. Los historiadores son los compañeros de campamento de los imperialistas: como siempre en este tipo de historia europea-y-nativa, parte de nuestro problema es la disrupción de la práctica “normal”, efectuada por la brecha a través de la cual hemos entrado. Para Cortés, el agudo respeto que mostraba Moctezuma lo establecía como la suprema autoridad de la ciudad y el imperio, y él modeló su estrategia en conformidad a ello. De hecho no conocemos la naturaleza y extensión de la autoridad de Moctezuma dentro y más allá de Tenochtitlan, ni tampoco (dadas las exuberantes discrepancias entre los relatos de Cortés y Díaz) el real grado de coerción y control físico impuesto sobre él durante su cautiverio. De los fugitivos reflejos que tenemos sobre las actitudes de algunos de los otros gobernantes del valle, y de sus propios adversarios, podemos inferir algo de la complicada política de la metrópoli y las ciudades-estado circundantes, pero vemos demasiado poco como para ser capaces de decodificar el rango de normal autoridad de Moctezuma, mucho menos sus particulares fluctuaciones bajo el impacto de la intrusión extranjera. Contra esta incierta base no podemos esperar captar los vacilantes indicadores de una posible idiosincrasia personal. Podemos adivinar, en tanto vemos las pragmáticas respuestas de otros grupos indios a la presencia española, que como *tlatoani* o “Gran Orador” del poder dominante en México, Moctezuma llevaba la especial responsabilidad para clasificar y enfrentar a los recién llegados. Desde el momento de su captura pensamos que vislumbramos la desafección de los señores menores aliados, e inferimos que esa desafección procede de su docilidad. Lo vemos depuesto mientras aún está vivo, y denigrado en muerte: cuando Cortés entró en Tenochtitlan en su campaña para reducir la ciudad, los defensores pudieron irónicamente pretender abrir un camino para él, “diciendo ‘entren, entren y diviértanse!’ O, en otro momento, ‘ Creen ustedes que hay ahora otro Moctezuma que haga lo que ustedes quieren?’” Pero pienso que debemos resignarnos a un heroico acto de renunciación, reconociendo que gran parte de la conducta de Moctezuma permanece aún enigmática. No podemos saber cómo categorizó a los recién llegados, o qué intentó con su aparentemente determinada y ciertamente impopular cooperación con sus captores: sea salvar su imperio, su ciudad, su posición, o meramente su propio pellejo. Podría ser posible, con tiempo y paciencia, aclarar algunos de los velos del mito y el error que envuelven los encuentros de la primera fase, o al menos reducir nuestras áreas de ignorancia. Pero la historia convencional de dioses que retornan y autócratas privados de firmeza, de un exótico mundo paralizado por su encuentro con Europa, por toda su coherencia y su inevitabilidad, es en vista de la evidencia como la progresión de Elisa a través del hielo: un problema de momentáneos equilibrios para no hundirse unidos a desesperados saltos hacia adelante.

De Cortés sabemos mucho más. No era notable como líder de combate: valiente, una indispensable cualidad en un hombre que liderara españoles, carecía del despliegue de su capitán Alvarado o de la solidez y frialdad de Sandoval. Él prefería hablar al uso de la fuerza tanto con españoles como indios, una

preferencia sin duda pensada para preservar el número de hombres, pero también indicadora de un estilo personal. Él sabía a quién pagar con lisonjas, a quién con oro, y los hombres que él compraba usualmente permanecían de su lado. Él sabía como montar un evento teatral para lograr el máximo efecto, como en las obras urdidas para aterrorizar a los enviados de Moctezuma - un caballo garañón, resoplando y dando coces como si olfateara una yegua en celo; un cañón disparado para derribar un árbol-. Cuando usó la fuerza él tuvo un instinto para hacerlo teatralmente, amplificando el efecto: cortando las manos de cincuenta o más emisarios de Tlaxcala admitidos libremente en el campo español, luego mutilados como “espías”; una masacre en Cholula; el encadenamiento de Moctezuma mientras jefes “rebeldes” eran quemados frente a su palacio en Tenochtitlan. Era cuidadoso con cada vida española, con todo capaz de concebir estrategias heroicas -asediar una ciudad lacustre requiriendo la prefabricación de bergantines en las lejanas laderas de las montañas, ochocientos arrieros para transportar las piezas, su rearmado en Texcoco, el cavado de un canal y la profundización del lago para una exitosa botadura de las naves-. Y él fue capaz no sólo del gran diseño sino también de la construcción y mantenimiento de precarias alianzas, intimidaciones, y de las promesas necesarias para implementarlas. En esa extraordinaria capacidad para sostener una compleja visión a través del constante examen y valoración de factores inestables, como en su pasión y talento para el control de la propia persona y de los otros, Cortés fue incomparable. (Ese interés por el control podría explicar su inadecuación para el combate: en el radicalmente incontrolable ambiente de batalla, él tenía una tendencia a perder la cabeza.)

Él también se distinguía por una particular indiferencia hacia su fe. Sabemos que los españoles se tomaron el trabajo de mantener los signos de su fe aún en el desierto de México; que aquellas campanas marcaban los días con las oraciones obligatorias tal como lo hacían en los poblados de España; que las pequeñas provisiones de vino y hostias para la masa eran preservadas; que a lo largo de las extensas noches en tiempo de batalla los hombres se mantuvieron pacientes, aguardando a que los sacerdotes escucharan sus confesiones, mientras el médico no oficial “Juan Catalán” se movía suavemente, haciendo la señal de la cruz y murmurando sus oraciones sobre las heridas. Sabemos que su fe identificaba los ídolos y los cuerpos desmembrados que encontraban en los templos como el despiadado trabajo de un Diablo familiar. Sabemos que, en las peores circunstancias de desastre individual o grupal, se confortaban desde el amplio espacio para la desgracia presente en la cosmología Cristiana: mientras Dios se asienta en Su cielo, todo tipo de cosas pueden estar equivocadas en Su mundo. Aquellos miserables hombres destinados al sacrificio en Texcoco después de la expulsión española que dejaron sus desesperados mensajes garrapateados en una pared blanca (“Aquí fue hecho prisionero el infeliz Juan Yuste”) esperaban que su miseria fuera elevada a martirio.

Aún contra todo esto, la fe de Cortés era notablemente ardiente, en especial en su reacción agresiva frente a las manifestaciones públicas de la religión enemiga. En Cempoalla, con los nativos intimidados, destruyó los ídolos existentes, blanqueó el templo, lavó a los servidores y cortó sus cabellos, los vistió de blanco y enseñó a estos rápidamente acicalados sacerdotes a ofrecer flores y

velas ante la imagen de la Virgen. Hay aquí una intrigante supresión de signos. Mientras los sirvientes paganos pueden haber sido vestidos como clérigos, en túnicas negras y largas como sotanas, algunos hasta con la capucha de los Dominicos, también tenían el pelo largo hasta la cintura embadurnado con sangre humana y oliendo a piel humana en descomposición. De todos modos él los declaró "sacerdotes" y aptos para confiarles el templo de la Virgen. Luego de haber predicado la doctrina "tan bien como cualquier sacerdote" según la leal opinión de Díaz (filtrada a través de las vacilantes palabras de dos intérpretes), dejó la supervisión diaria de los sacerdotes a un viejo soldado asignado como eremita al nuevo templo y Cortés se retiró.

El asalto a Cempoalla fue un acto menos que político, siendo ejecutado a punta de espada contra el pueblo sobre cuya clientela el pequeño fuerte costero de Vera Cruz dependería. Cortés no iba a ser tan atrevido nuevamente, siendo refrenado en una acción demasiado agresiva por su capellán y sus capitanes, pero igualmente él aparece movido por el interés de defender el "honor" del dios Cristiano. Es importante recordar que en el entero proceso de la Conquista, Cortés no tenía noción acerca de la réplica del rey español a sus acciones. Sólo en septiembre de 1523, más de dos años después de la caída de Tenochtitlan, y cuatro años después de la llegada de los españoles a tierra, él finalmente supo que había sido designado capitán general de Nueva España. Resulta difícil imaginar el efecto de tan prolongada incertidumbre, y (especialmente para un hombre del temperamento de Cortés) de su crucial dependencia de las maquinaciones de los hombres que se encontraban lejos en España, más allá de su control. A lo largo de las desesperantes vicisitudes de la campaña, y en la heroica soledad de su equívoco liderazgo, Dios fue tal vez su aliado menos ambiguo. Esa alianza requirió la remoción de los ídolos paganos y su reemplazo por María y la Cruz, y a lo último el culto público de los españoles de sus imágenes Cristianas, la pública declaración de los principios de la fe Cristiana y la pública denuncia del sacrificio humano, esas declaraciones y denuncias eran preferentemente hechas en los sitios indios más sagrados. La ineptitud de Cortés para dejar hacer en materia religiosa parece haber provocado la alienación de los sacerdotes mexicas y su demanda por la muerte o expulsión de los españoles de su incómodo asentamiento en Tenochtitlan. La pretensión de Cortés de su temprana, total e irresistida transformación de la vida religiosa mexicana a través de la destrucción de la mayor parte de sus ídolos fue ciertamente una mentira. (Él tuvo que suprimir toda mención de la masacre de los guerreros que hizo Alvarado en el templo principal como el factor que precipitó la "revuelta" mexica por ser demasiado dañina para su historia, porque los celebrantes mexicas podrían haber estado danzando bajo la serena mirada de la Virgen). Pero la mentira, como su acomodación al canibalismo de sus aliados de Tlaxcala, era una necesidad estratégica. Con la victoria todas las obligaciones serían aliviadas, y el honor de Dios vindicado. Aquel elevado sentido del deber hacia su Señor divino y su coraje en su persecución debe haber impresionado y confortado a sus hombres aún cuando procuraron contenerlo.

Ninguno de sus indudables instintos hace de Cortés el modelo de cálculo, racionalidad y control por el que comúnmente se lo toma. Puede haber alguna duda en cuanto a la eficacia de sus actos de terror. Es verdad que después del

episodio de la "mutilación de los espías" los habitantes de Tlaxcala suplicaron por paz y alianza, pero como argumentaré, los actos de guerra al estilo europeo fueron probablemente tan destructivos de la confianza india en su habilidad para predecir el comportamiento de los españoles como las más deliberadas tácticas. El ataque de los españoles sobre la gente de Cholula, la llamada "masacre de Cholula" es un asunto turbio. Cortés seguramente conoció los efectos terapéuticos de una masacre sobre hombres que habían vivido con miedo, de su golpeado sentido de la invencibilidad por los choques con los de Tlaxcala, y con los legendarios guerreros de Tenochtitlan, agrandándose en su imaginación, aún en perspectiva. Como otros líderes habían descubierto en otros tiempos, la confianza retorna cuando el enemigo invisible se revela como una masa que grita, sangra y huye. Pero Cortés era, probablemente sin saberlo, el agente de los intereses de Tlaxcala. En la primera fase, la mutua manipulación entre españoles e indios parece estar presente. El jefe de Cempoalla al que Cortés engañó para que capturara a los recaudadores de impuestos de Moctezuma permaneció más asustado de un Moctezuma que estaba en su lejano palacio que de los españoles que estaban muy cerca. Engañado para provocar a Moctezuma, inmediatamente engañó a Cortés para que lidere un grupo de cuatrocientos españoles en una calurosa y fútil marcha de quince millas en la persecución de guerreros mexicas fantasmas en su propia persecución de un feudo privado, un fraude que ha sido poco remarcado. Hay otros indicadores que insinúan una extensa manipulación india, el engaño era admirado entre los indios tanto como lo era entre los españoles, y la dependencia española de los informantes y traductores indios era total. Pero sólo son indicadores, dada la relativa opacidad e ignorancia de las fuentes españolas así como de lo que las indias eran capaces de mostrar. No estoy interesada en demostrar que los nativos eran tan impostores como los españoles, sino simplemente sugerir que no tenemos un serio basamento para indicar que no lo eran.

La situación política de Cortés fue, paradójicamente, facilitada por su status de rebelde. Esto lo salvó de valoraciones agonizantes de diferentes cursos de acción: cuando se fue de Cuba, desafiando al gobernador, sabía que no podría retornar, salvo a riesgo de cierto deshonor y de una probable muerte. Entonces tenemos el avance del jugador, con líneas inseguras de llegada a la costa, sin provisiones, sin refuerzos, con barcos en la costa deliberadamente inhabilitados para liberar a los soldados de sus servicios y para persuadir de la retirada a los cobardes. Más allá de las serenas playas de Cuba, y del implacable enemigo. La inexorable marcha hacia México nos impresiona, hasta preguntarnos que intentaría Cortés cuando estuviera allí. Tenemos la conducción hacia la ciudad, el secuestro de Moctezuma -y la agonizante espera por ese desafortunado Micawber* de que "algo" sucediera, mientras los españoles, inciertamente tolerados como huéspedes, asentados en la ciudad, utilizando como única arma el saqueo de los escasos recursos del prestigioso Moctezuma. Ese "algo" demostró ser la expedición punitiva española, con un par de barcos providenciales cargados de pólvora y algunos refuerzos y por lo tanto una peligrosa salida del impasse. Posiblemente Cortés tenía en mente un gigantesco y seguro fraude: un lento proceso para asegurar y fortificar postas a lo largo del camino a Veracruz y, luego, con suficiente oro acumulado, pedir a las autoridades en La Española (evitando a

Velásquez y a Cuba) barcos, caballos y armas; estrategia que de hecho siguió después de la retirada de Tenochtitlan. Es sin embargo difícil (salvo en el magistral relato que hace Cortés del suceso) leer su actuación como racional.

Es siempre tentador otorgar a las personas del pasado el tener políticas excepcionalmente claras y resueltas: como los campesinos de Clifford Geertz, vemos los agujeros de bala en una empalizada y procedemos a dibujar los blancos de tiro en torno a ellos. La tentación es maximizada con Cortés, un hombre de singular energía y decisión, intentando proyectar una auto-imagen de formidable control de sí mismo y de las circunstancias que lo rodean. Hasta ese control ha tenido sus límites abruptos. Su tenso carácter autodidacto sostenido frente a otros en acciones peligrosas, pudo haber colapsado entre lágrimas o furores cuando alguna parte de su propio análisis controlado era expuesto a algún defecto, como ser su furia contra Moctezuma por su "rechazo" a sofocar la sublevación en la ciudad luego del ataque de Alvarado a los bailarines desarmados. Cortés tenía absoluta confianza en que Moctezuma era el gobernante absoluto que decía ser. Lo secuestró, lo amenazó, y lo encadenó para establecer su dominación personal sobre él. Pero a pesar de sus posesiones y envergadura, la capacidad de Moctezuma para dominar, que era su capacidad para dominar con respeto, había comenzado a debilitarse desde el primer encuentro con los españoles y la barbarie con que ellos contemplaron y hablaron locuazmente al sacro líder. Se debilitó más rápido aún cuando lo secuestraron. El relato de Durán sobre Moctezuma retratado en las crónicas nativas, emergiendo encadenado de su primer encuentro con Cortés, es "objetivamente" incorrecto, pero desde la perspectiva india correcto: el Gran Orador en poder de los extraños, brutal y despreocupadamente manejado, no sería el Gran Orador por mucho tiempo. Forzado a intentar calmar a su enardecido pueblo, Moctezuma supo que no podría hacer nada; que su desacralización había sido consumada, primero e inconscientemente por Cortés, luego, presumiblemente, por una acción ritual que permanece oculta para nosotros; y que un nuevo Gran Orador había sido elegido mientras el viejo todavía vivía: según mi conocimiento, éste es un paso sin precedentes en la historia mexicana.

Cortés no pudo reconocer la impotencia de Moctezuma. Retrospectivamente insistió en que su política había sido saludable y que había fracasado sólo a través de la imprevista imposibilidad de confiar en el gobernante mexica. Ciertamente su persistencia en su defensa luego del colapso apunta a una alta investidura personal: La inteligencia no excluye el auto engaño. Nadie debe haber logrado advertir el explosivo final de una situación profundamente extraña, donde la experiencia no ofrecía una guía de acción para un mundo de espejos de reyes que se rinden y subordinados arrogantes; de discursos enigmáticos, incomprensibles miradas, silencios opacos. El súbito colapso del juego de esperas le liberó para avanzar hacia el mundo de las decisiones, la violencia calculada, el enérgico pragmatismo de la guerra - la ficción apasionante de un mundo maleable a las decisiones personales.

Su esencial genio descansaba en la profundidad de sus convicciones, y su capacidad para conducir a otros a compartirlas: engatusar, intimidar y sobornar a sus hombres, sueño realizado, sueño alimentado, para hacer su propio tiro de jugador; participar de su propio y desesperado destino. Bernal Díaz escribió uno

de los discursos de Cortés en un punto singularmente inicial de su primera marcha a la ciudad. Con un número peligrosamente reducido de hombres heridos, con frío, atemorizados, por feroces nativos, Cortés había prometido a sus hombres que no tendrían salud, ni salvación, pero sí reconocimiento más allá de la muerte. En cada momento vemos a Cortés atreviéndose a engañar a sus seguidores en la distribución del botín y de "bellas mujeres indias", pero nunca desestimar la gloria de sus esfuerzos. No fue el factor menos importante para el dominio de Cortés sobre sus hombres, su regalo notarial para ubicar su situación y aspiraciones en términos firmemente resonantes y legales: términos necesarios para complacer a los legalistas en casa, que finalmente juzgarían su actuación, pero también esencial para su construcción de una narrativa aceptable a partir de acciones problemáticas y experiencias equívocas. También los inducía a reconocer sus más extremas fantasías; luego los persuadía, por sus pronunciamientos, de que sus fantasías eran realizables.

Así Cortés, con sus hombres reagrupados y sus estrategias evolucionadas, estuvo listo para la segunda fase del ataque. Lo que experimentaría en la lucha por venir, fue su percepción sobre sí mismo y sus capacidades, sobre los indios mexicas y su relación especial con su Dios.

II

Los analistas, excepto los historiadores militares, se han concentrado exhaustivamente en la primera fase de la Conquista, suponendo que la consumación de la victoria española era exclusivamente una cuestión de aplicación de tecnología superior: hombres a caballo contra guerreros a pie, fuertes espadas contra garrotes de madera, fusiles y ballestas contra arcos y flechas, cañones contra feroces corajes. Podría argumentar que es sólo para la segunda fase que tenemos evidencias suficientemente sólidas que permitan un análisis detallado sobre cómo españoles e indios se percibieron el uno al otro, y cómo entonces lograron el éxito que debemos otorgar a ese puñado en la primera fase. Podría también argumentar que el final de la conquista fue una cuestión muy delicada: una descripción en la que los combatientes de ambos lados, como sucede, estarían de acuerdo. Luego de la expulsión de los españoles de Tenochtitlan los mexicas quedaron fuertemente favorecidos en términos materiales, más particularmente por el poder de sus hombres, con el que compensaron el desequilibrio en equipamiento. La tecnología española tenía sus problemas: la miseria de las quebraduras, enfriamiento o cansancio de los caballos, el fango, el brutal peso de los cañones, la siempre desesperada cuestión del abastecimiento. La viruela, introducida en México por uno de los hombres de Narváez, arrasó con la población nativa, pero ese estrago afectó, presumiblemente tanto a los "aliados" españoles como a los mexicas. Los dos lados estaban aproximadamente emparejados en el conocimiento: si Cortés tomó provecho de su familiaridad con las fortificaciones y el funcionamiento de la ciudad del lago, los mexicas al menos conocían a los españoles como enemigos, y estuvieron bajo la dirección del gobernante liberado de las ambigüedades que habrían logrado develar antes.

Tendemos a tener una visión de la batalla propia de *El Señor de las Moscas*[*] según la cual en una batalla mortal los velos de la "cultura" son

arrancados y hombres naturales se enfrentan a sí mismos. Pero si el combate no es tan cultural como el críquet, sus brutalidades no están menos limitadas por normas. Como el críquet, el combate requiere un sustancial acto de cooperación, en el que cada lado construye las condiciones en las que ambos van a operar, y por tanto, donde la lucha es entre extraños, obligando a una mutua "transmisión de cultura" a través del uso de escopetas. Y a causa de su alta intensidad, esa transmisión de cultura promete exponer cómo cada modo de actuar y pensar es entendido y respondido en condiciones críticas, y qué lecciones sobre el otro y sobre uno mismo pueden ser aprendidas en esa comunicación íntima, involuntaria y enormemente importante.

Las fuentes para la segunda fase son suficientemente sólidas. Dado que estudiamos asunciones culturales, las equivocaciones en la recolección y los recuerdos poco importan. Cortés marcó la debacle en la calzada de Tacuba, donde más de cincuenta españoles fueron muriendo por su propia impetuosidad en el triunfo de un liderazgo en crisis; Díaz admiró la bravura de los españoles en los infatigables asaltos a los salvajes; ambos estaban de acuerdo en el vocabulario con el que entendían, valoraban y recordaban la conducta en las batallas. Los informantes de Sahagún, capacitados para reportar sólo rumores amargos, recibieron mitos sobre las oscuras luchas políticas de la primera fase, motivados por detalles confidenciales en sus relatos sobre la lucha por la ciudad, en los que al menos algunos de ellos parecen haber luchado, mencionando localizaciones precisas y proezas de guerreros; revelando la estructura y la descripción de los resultados sobre sus principios de batalla. Estos puntos de vista pueden ser comparados con crónicas admitidas como fragmentarias para dar un perfil general de la conducta de los indios en las batallas.

Aquí debemos tener en cuenta la usual advertencia contra la sobre idealización. Si todas las normas sociales son ficciones hechas realidad al ser contestadas, negadas, evadidas y desechadas, así como también obedecidas, "las normas de la guerra", siendo la guerra lo que es, son honradas con más sinceridad cuando son quebrantadas. Pero en las sociedades guerreras de México Central, donde el campo de batalla ocupa un lugar central en la imaginación, con sus protocolos repetidos y enseñados en las rutinas ordinarias de la vida, la brecha entre norma y práctica era estrecha. La guerra, al menos la guerra como enfrentamiento entre sectores dominantes de México, idealmente, era una contienda sagrada de resultado desconocido pero preestablecido, que revelaba qué ciudad, qué deidad local, dominaría legítimamente a los otros. Algo similar una igualdad entre las dos partes contendientes era entonces requerido: prevalecer por número o como parte de una traición habría corrompido el significado de la contienda. Tan importante era esta noción de examen justo, que se solía enviar alimentos y armas a la ciudad elegida como parte del desafío, no existiendo virtud alguna en la derrota de un enemigo debilitado.

Generalmente los guerreros se encontraban en las afueras de la ciudad de los defensores. Si el bando atacante prevalecía, los defensores abandonaban el campo y huían, y los vencedores pasaban sin resistencia alguna a la ciudad para incendiar el templo donde estaba la deidad local. Esta acción marcó la victoria en los hechos y en su registro: el signo formal de la conquista en las historias pintadas era el templo quemado. El pillaje continuaba hasta que se escucharan las

súplicas del interlocutor de los vencidos y se establecieran los términos del tributo. Luego los vencedores se retiraban a su ciudad con su botín y sus cautivos, incluyendo no sólo a los guerreros tomados en la batalla formal, sino a los civiles secuestrados durante el período de saqueo. Su cautivo más significativo era la imagen de la deidad que tutelaba a la ciudad derrotada, que era llevada a "la casa del dios cautivo" en Tenochtilan. La derrota era amarga porque se establecía una sentencia sobre la inferioridad de los guerreros que habían sido vencidos y que habían huido; una sentencia que los guerreros vencedores estaban listos para reforzar a través de una burla salvaje que era institucionalizada con la imposición del tributo.

La duración de esta decisión se volvía problemática. Los pueblos derrotados pagaban su tributo como una decisión ordinaria frente a futuras hostilidades, pero conservaban su independencia, y a veces quedaban notablemente descontentos, a pesar de la convicción de la ciudad conquistadora sobre la legitimidad de su supremacía. Muchos pueblos en el valle, fueran aliados o vencidos o intimidados por los Mexicas pagaban su tributo establecido, luchando junto a ellos en sus campañas, y se repartían los despojos, pero recordaban perfectamente su humillación y no aceptaban su subordinación. Más allá del valle, los beneficios del imperio eran frecuentemente menores, los costos mayores y la desafección crónica. El monolítico "Imperio Azteca" es una alucinación europea: en esa atomizada unidad política, las uniones eran logradas por la tensión de la repulsión mutua. (De ahí la facilidad con que Cortés pudo reclutar "aliados", con frecuencia entendida en tributo a su brillante discurso, y de ahí la profunda confusión con relación a su constante utilización del término *vasallo* para describir las relaciones entre las ciudades sujetas primero a Tenochtitlan, y más tarde a la corona española.)

Si la guerra era un duelo sagrado entre pueblos, y sobre los dioses "tribales" de estos, la batalla idealmente sería un duelo sagrado entre guerreros enfrentados: una contienda en la que el obtener un cautivo adecuado para presentar ante su deidad era la medida precisa de su propio valor, y de su propio destino. Cada uno se preparaba para ese combate individual con canciones y adornos con la insignia de guerra sagrada. (Ir "siempre preparado para la batalla" al estilo español era incomprensible: Un hombre cargando armas era sólo potencialmente un guerrero.) El gran guerrero, con cicatrices, pintado, con plumas, vistiendo los recuerdos de sus victorias en sus insignias, emergiendo de su escondite o apareciendo súbitamente de las cenizas, luego exclamando su grito de guerra, puede hacer que hombres menores escapen por terror a su presencia: los guerreros estaban entrenados para proyectar su ferocidad. Su legítimo y destinado oponente era aquel que podía vencer su terror para permanecer y luchar. Había maniobras para "sorprender" al enemigo, y una fascinación por las emboscadas, pero sólo como una forma de confrontación más dramática; golpear por la espalda era impensable. En el campo de batalla flechas y lanzas indias eran densamente lanzadas, pero para debilitar y derramar sangre, no para acribillar fatalmente. La estaca de guerra con obsidianas incrustadas señalaba el blanco del combate: la sumisión de prestigiosos cautivos en combate individual para presentar ante su deidad.

En la desesperación de las últimas etapas de la batalla por Tenochtitlán, la

inhibición de los mexicas para matar en el campo de batalla se fue reduciendo en cierto modo: los indios "aliados" murieron, y lo españoles que no lograron ser rápidamente sometidos fueron asesinados, más frecuentemente, golpeados por la espalda, como los mexicas especificaron cuidadosamente, y por razones que se fueron tornando más claras. Pero la prioridad de la captura de antagonistas significativos subsistió. En otras palabras, los mexicas respondieron con flexibilidad a los desafíos de la guerra de sitio. "Leían" las tácticas de los españoles con razonable exactitud: un asalto español a las aguas dulces del acueducto de Chapultepec fue previsto y furiosa, aunque inútilmente, resistido. Los bergantines, irresistibles en su primera aparición en el lago, fueron luego utilizados en una emboscada cuidadosamente concebida, en la que dos fueron atrapados. La vulnerabilidad de los caballos para atacar en un terreno desconocido y, su pánico ante una lluvia de armas arrojadas, eran explotados con eficacia. Los mexicas tomaron prestadas las armas de los españoles: las espadas o las lanzas españolas eran empleadas para inutilizar a los caballos; incluso tomaron una ballesta española, luego de capturar a quien la llevaba y obligarlo a mostrarles cómo funcionaba la máquina. Fueron su inventiva y tenacidad las que llevaron a Cortés a la desesperada solución de elevar estructuras a lo largo de las calzadas y dentro de la ciudad para suministrar el terreno seguro que necesitaban los españoles para ser efectivos. Y estuvieron alertas a las posibilidades de un combate psicológico, capitalizando el peculiar miedo de los españoles a la muerte por sacrificio y a la canibalización del cadáver. Lograron ser innovadores en muchos aspectos. Pero, la medida más básica para medir el precio de un hombre, tomar vivos a los prestigiosos cautivos, no pudo ser quebrantada.

Aquella pasión por tomar cautivos mostraba que en el momento en que la fortaleza del oponente se quebraba, y se inducía su debilidad, el enemigo que huía era un señuelo irresistible. Ese reflejo persuasivo era explotado a veces por los oponentes nativos como un engaño ligeramente miserable. Esto proporcionó a Cortés una táctica común para una rápida y segura cosecha de muertos. Indiferente a las razones, él sin embargo notó y explotó la indocilidad de los mexicas: "A veces, cuando estábamos separándonos y ellos nos perseguían ansiosamente, los hombres a caballo simulaban estar huyendo y de pronto se ponían en marcha contra ellos; siempre tomábamos una docena o más de los más valientes. Por esos medios y por las trampas que les colocábamos, siempre quedaban muy lastimados; y ciertamente era una imagen interesante aún cuando ellos sabían el daño que podrían recibir de nosotros mientras nos retirábamos; de todas formas nos perseguían hasta que hubiéramos dejado la ciudad." Esta modalidad de los mexicas tuvo enorme peso a la hora de los resultados. Si los indios hubieran sido tan desinhibidos como los españoles en sus asesinatos, el pequeño grupo español, con recursos inseguros y escasos, se habría reduciendo rápidamente. En cada batalla los españoles registraban la muerte de muchos indios, con sus propios hombres sufriendo heridas leves de rápida cicatrización: esas piedras y puntas de lanza de obsidiana rebanaban con limpieza. Esto preservó la vida de Cortés: en algunas ocasiones el líder español luchaba en las manos de los indios, siendo el premio mayor en una desordenada lucha guerrera, con hombres agonizantes en cada bando en una furiosa lucha por dominar, y en cada momento los españoles prevalecían. Si Cortés hubiera estado en nuestras

manos, lo habríamos acuchillado. Los guerreros mexicas no podían asesinar al líder enemigo en forma casual: si moría, debía hacerlo en el templo de Huitzilopochtli frente a su santuario.

Si las consecuencias calculables de esa insistencia eran obvias y peligrosas, había otras menos obvias, pero quizás más significativas. Ya hemos notado la predilección de los españoles por las emboscadas como parte de una vasta preferencia por matar con menos riesgos. Los españoles valoraban sus ballestas y fusiles por su capacidad para matar uno a uno a los enemigos seleccionados detrás de la línea de combate: como un francotirador diríamos nosotros. La desmoralización psicológica por esas rápidas y trivializadas muertes de hombres importantes pintados para la guerra, pero todavía no envueltos en el combate, debió haber sido formidable. (Si la víctima hubiera estado activamente envuelta en el combate, la cuestión habría sido diferente. En ese caso moría noblemente; a pesar de haber sido atravesado por una flecha o un tiro a distancia, su sangre fluía con fuerza para nutrir la tierra como debía hacerlo la sangre de un guerrero.) Pero se efectuaba mucho más que la muerte de indios y la desmoralización a través de esas transacciones. La realización de semejantes muertes - a esa distancia, sin poner sus propias vidas en juego - desarrolló una lectura en los indios sobre el carácter del guerrero español.

Consideren este episodio, contado por un conquistador. Dos indios campeones, ascendiendo sobre la masa de guerreros, ofrecieron su desafío formal frente a la fuerza española. Cortés respondió ordenando a dos hombres a caballo que fueran a la carga con sus lanzas en alto. Uno de los guerreros, contra todo lo imaginable, tuvo la idea de sacar las pezuñas de uno de los caballos, y luego, cuando se estrellaba contra la tierra, cortó su cuello. Cortés viendo el riesgo en el que se encontraba su jinete sin su caballo, tenía un cañón listo para disparar, para que “todos los indios en las líneas de frente fueran asesinados, y los otros dispersados. Los dos españoles se pusieron a seguro bajo el fuego que cubría los mosquetes, las ballestas y el cañón.

Para Cortés el desafío individual había sido un histriónico alarde preliminar: luego procedió con el serio trabajo de utilización de armas de fuego para matar guerreros y controlar más territorio, para él de esto se trataba la guerra. Por todo esto, los españoles medían éxito en términos de un conteo de cuerpos, territorio controlado, y evidencia de la decadencia en la moral del “enemigo”, que incluía a todos los guerreros, activamente comprometidos con la batalla o no, y a los “civiles” también. Cortés informó casualmente al rey de sus incursiones en pueblos que estaban durmiendo y las matanzas de los habitantes, hombres, mujeres y niños, mientras ellos tropezaban en las calles: esos eran pasos necesarios y convencionales en el control progresivo del terreno, y de la progresiva desmoralización del opositor. Para un guerrero indio, la respuesta de Cortés al desafío triunfal de los indios era vergonzosa (sólo con los caballos situándose al alcance de las armas de los oponentes), surgiendo sin crédito alguno. La llegada de Cortés a los pueblos era relatada en tonos de desalentada incredulidad.

Hay en el Códice Florentino una exhaustiva y detallada descripción del ataque español sobre los guerreros bailarines desarmados en un festejo ritual, la matanza que provocó el “levantamiento” mexica de Mayo de 1520. La primera víctima fue un tamborilero: sus manos fueron deshechas, luego su cuello. El relato

continúa: “En algunos de ellos tajearon sus espaldas: luego sus entrañas quedaron expuestas. En algunos de ellos cortaron sus cabezas en partes... Algunos golpes en los hombros; sus heridas abiertas. Dejaron aperturas en sus cuerpos.” Y así continúa. ¿Cómo debemos interpretar esto? No fue, pienso, registrado como un cuento de terror, o al menos no sólo como eso. El relato es suficientemente cuidadoso en lo que concierne a los detalles y secuencias lo cual sugiere una construcción fiel, próxima al evento, para intentar identificar el modelo, y así descubrir el sentido de los descuartizamientos de los españoles. (Esa fue la primera imagen que tuvieron los mexicas de las espadas españolas en acción.) Los mexicas tenían reglas muy precisas sobre los asaltos violentos en el cuerpo, que estaban claras en las normas de sus sacrificios rituales, pero la noción de “masacre preventiva” de guerreros no estaba dentro de su vocabulario.

Cada acción prohibida, mucho más que una política de destrucción, colocaba a los indios en desventaja. Retomemos un momento de su mistificación celebrado tempranamente por Cortés, el despliegue de los cañones para impresionar en la costa al mensajero mexica, con el poder mortal de las armas españolas: los hombres que llevaron el relato, contaron el estruendoso sonido, el humo, el fuego, el olor desagradable- y que la bala había “disuelto” una montaña y “pulverizado” un árbol. Es altamente dudoso que los observadores nativos hayan captado el objetivo de este despliegue, de que ésa era un arma de guerra para utilizar contra seres humanos. No era un arma concebible para los guerreros. Por lo tanto, debe haber aparecido (como es de hecho recordado) como un asalto gratuito a la naturaleza: una verdadera lección del modo de hacer la guerra. Los guerreros mexicas aprendieron de la experiencia a no atacar, ni gritar ni disparar frente a un cañón de fuego y ballestas, pero sí a rebuscárselas y a zambullirse, mientras las canoas-escudo aprendían a zigzaguear para eludir el tiro del cañón de los bergantines. Por lo cual con el tiempo la carnicería era menor. Pero también aprendieron a tener compasión por los hombres que estaban preparados para matar indiscriminadamente, a combatientes y no combatientes por igual, y a asegurar una distancia que les permitía no poner sus propias vidas en juego.

¿Qué decir sobre los caballos españoles, ese otro elemento clave en el programa de mistificación de Cortés? Tenemos evidencias tempranas sobre las rápidas y efectivas respuestas de los guerreros a estos exóticos seres, y sobre la delicada actitud experimental para verificar su naturaleza. Un pequeño grupo de guerreros tlaxcalas teniendo su primera percepción de los caballos y de los jinetes, se las arreglaron para matar dos caballos y para herir tres más, antes de que los españoles dieran la orden de atacar. En el siguiente encuentro una escuadra de indios hizo un planeado y claramente deliberado ataque a un caballo, permitiendo al jinete escapar, a pesar de que estaba herido, mientras ellos destruían su montura y levantaban el cuerpo del suelo. Más tarde, Bernal Díaz, registraba que el cuerpo del caballo muerto fue cortado en piezas y distribuido entre los pueblos de Tlaxcala, para demostrar, presumiblemente, la naturaleza carnal del caballo. (Reservaron las pezuñas, como amargamente recordó, para ofrecer a sus ídolos, junto con “el sombrero flamenco y las dos cartas que les enviamos ofreciéndoles la paz.”)

La distribución de las piezas de la carne de caballo tuvo implicaciones adicionales. Los indios no tenían dudas de que los caballos eran animales. Pero

eso no los redujo, como fue para los españoles, a bestias brutales, inconscientes, sirvientes irracionales del señor de la creación. Los indios tuvieron diferentes interpretaciones sobre el significado de los animales. No fue una vaga inclinación estética lo que indujo las órdenes del gran guerrero a imitar al águila y al jaguar en sus vestimentas y conductas: ambas eran criaturas poderosas ejemplares de la pureza del espíritu guerrero. El águila lentamente se acercaba al sol; luego el grito, el descenso, el golpe final; el jaguar, anunciando su presencia con un rugido estruendoso, emergiendo abruptamente de la oscuridad para hacer matanzas: estos suministraron modelos únicos para la imitación humana. Que los caballos aparecían preparados para matar no parecía algo extraordinario. La ferocidad y el coraje de esas criaturas, que corrían hasta la zona cercana al combate, enfrentándose a las espadas y las estacas; que embestían y gritaban, con los ojos en blanco, cuya saliva fluía (para los mexicas la saliva significaba ira), los señalaba como actores en la batalla, como había sucedido cuando los dos caballos cargaron contra los desafiantes indios. En el vocabulario mexica de batalla los caballos eran superiores a sus amos. Como ofrendas no eran tan valiosos - las espadas españolas capturadas, sujetadas a largas lanzas solían ser utilizadas contra los caballos para destriparlos o debilitarlos, pero no eran utilizadas contra los jinetes quienes eran considerados demasiado valiosos como para infligirles daños tan severos - pero su valor era reconocido. Cuando los mexicas sitiados obtuvieron la victoria más importante sobre los hombres de Cortés, en la calzada de Tacuba, expusieron en una plataforma las cabezas de los españoles sacrificados, según su costumbre, y debajo atravesaron las cabezas de los cuatro caballos capturados en la misma contienda.

Existe un instante en el que vemos que esas concepciones opuestas, logran contrapesarse. Durante una escaramuza en la ciudad algunos jinetes españoles que emergían en una emboscada sorpresa chocaron y un español se cayó de su yegua. Envuelto en pánico, el caballo sin su jinete “se lanzó contra el enemigo, que lo atacó y lastimó con sus flechas; con lo cual viendo cuan mal estaba siendo tratada, retornó hacia nosotros,” Cortés afirmó, pero “estaba tan malherida que murió esa noche.” Continuó: “A pesar de nuestro gran dolor por su pérdida, dado que nuestras vidas de pendían de los caballos, estábamos agradecidos que no hubiese perecido en manos enemigas, dado que su alegría por haberla capturado, habría sido mayor que el dolor causado por la muerte de sus compañeros.”

Para Cortés la yegua era un animal, que actuaba como un animal: desorientada, escapándose del dolor. Su destino tenía una importancia simbólica sólo por su asociación con los españoles. Para los indios, la reacción de la yegua conducida por el grupo de españoles, lanzándose directamente y en soledad hacia los guerreros enemigos - con los ojos en blanco, la ferocidad encarnada - era acorde al recibimiento de los guerreros con un ataque de flechas. Su revés, su retorno hacia sus compañeros, probablemente significó una victoria pequeña de los indios, como su captura y muerte entre los enemigos habría señalado, en un nivel muy remoto, una pequeña derrota para los españoles. Esa yegua sentenciada, girando y volviendo en un desesperado margen entre ejércitos diferentes y sistemas diferentes de conocimiento provee una metáfora suficientemente adecuada para los temas de los que nos hemos estado ocupando.

La “diferencia” española encuentra su más clara expresión en su estrategia final para la reducción de la ciudad imperial. Cortés había esperado intimidar lo suficiente a los mexicas con su reducción rápida de los pueblos que rodeaban el lago, con sus histriónicos actos de violencia, y con la ejemplar crueldad con que era penada la resistencia, para conducirlos a un acuerdo. La acción ejemplificadora a la distancia, en ese mosaico de ciudades rivales, no podía tener relevancia para los mexicas - si todos los otros se atemorizaban, ellos no lo harían - entonces los españoles recurrieron, como Díaz escribió, a “un nuevo modo de hacer la guerra.” El sitio fue la quintaesencia de la estrategia europea: un plan económico para ejercer la máxima presión en toda la población sin un compromiso activo, delegando el control sobre las personas y el lugar al menor costo. Si la precaria posición de Cortés lo había llevado a incrementar su presión con incursiones militares, su arma crucial era la necesidad.

Para los mexicas el sitio era la antítesis de la guerra. Conocían la estrategia de rodear ciudades para persuadir a los guerreros no dispuestos a salir, y también la destrucción cuando un insulto lo requería. Ellos habían pretendido quemar los barrios de Tenochtitlán en los que estaban los españoles para que salieran, para forzarlos a combatir luego de la masacre de sus guerreros bailarines. Pero el deliberado y sistemático debilitamiento de la oposición antes de la entrada en batalla, y la deliberada implicación de los no combatientes en la contienda, no tenían lugar en su experiencia.

Mientras el sitio continuaba, los signos de desprecio de los mexicas se multiplicaban. Los guerreros mexicas continuaron buscando un combate cara a cara, con su insatisfactorio oponente que se escondía y rechazaba la batalla, que se juntaba en estrechas bandas detrás de su cañón, y huía sin avergonzarse. Cuando la elite de guerreros, siguiéndolos en sus canoas, tenía la remota suerte de alcanzar a los españoles más cercanos, los españoles “se daban vuelta y huían”, con los mexicas persiguiéndolos. Ellos abandonaron un cañón en una de sus luchas expuestas, posicionados con una ironía inconsciente en la piedra gladiatoria sobre la cual los mejores guerreros enemigos les habían ofrecido el despliegue final de su aguerrida proeza; los mexicas se preocuparon y arrastraron el cañón a través del canal y lo hundieron en el agua. Los guerreros indios eran más cuidadosos cuando tenían que matar que cuando tenían que capturar un español en una batalla, al negarse a una honorable muerte por un guerrero, los eliminaban golpeándolos en la parte posterior de sus cabezas, la muerte reservada a los criminales en Tenochtitlán. Y los españoles capturados luego de la derrota en la calzada de Tacuba eran despojados de todo su equipo de batalla, su armadura, sus ropas: sólo luego, cuando eran desnudados, y reducidos a “esclavos”, los mexicas los mataban.

¿Qué importa si a largo plazo, los guerreros mexicas admiraron los caballos y despreciaron a los guerreros españoles? Para descubrir cómo influyó en los hechos necesitamos ver brevemente la noción india de “destino” y de tiempo. Podemos comparar la estructura de los relatos de los españoles y de los indios sobre las batallas finales, para descubrir las estrategias explicativas implícitas en esa construcción. La versión española presenta el forcejeo en las calzadas, las victorias ganadas por estrechos márgenes, las estratagemas, los golpes de suerte, los actos de audacia de cada lado. A través del trazado de una intrincada

secuencia de acción seguimos el movimiento de la ventaja, primero de una forma, luego de otra. Dios está en los hombros de los españoles, pero sólo para prestar su poder a sus fuertes brazos, o para desestabilizar un equilibrio ya precario. En la selección y la secuencia de los eventos significativos, tenemos la familiar, poderosa y acumulativa explicación a través de la forma narrativa.

Los resultados indios se ven superficialmente similares. Hay episodios, y están ofrecidos en forma sucesiva: descripciones de grupos o proezas individuales, de acciones desdeñables de los españoles. Pero esos son eventos separados, momentos para ser recordados, sin ningún otro tiempo que el del cordel en el que están hilados: no hay efectos acumulativos, ni significaciones en secuencia. Tampoco hay ninguna implicación de que las acciones humanas descriptas pesen sobre resultados. El hecho de que la derrota fue sufrida, la declara inevitable.

Los mexicas, como los mesoamericanos en general, concebían el tiempo en múltiples dimensiones y eternamente recurrente, y los hombres intentaban comprender esos movimientos complejos mediante la utilización de recuentos de tiempos superpuestos, que se engranaban unos con otros y completaban sus complejas permutaciones de cincuenta y dos años, un *Xiumolpilli* o "*Apilamiento de Años*"* (Nótese cómo el concepto de apilamiento niega toda significación a la mera adyacencia.) Debajo de cada sistema, cada "día" no era el resultado de los días que lo precedían: tiene su propio carácter, indicado por su complejo nombre derivado de los cálculos de tiempo, y era único en ese Apilamiento de Años. También estaba más estrechamente conectado con los nombres similares de los días que habían ocurrido en todos los Apilamientos de Años precedentes que con aquellos días agrupados en el mismo amontonamiento. Así, el particular evento contingente sería entendido en su desenvolvimiento en el proceso dinámico modelado por alguna situación pasada. Pero así como aquellos eventos anómalos presumiblemente notados antes del advenimiento español podían ser categorizados como "profecías" y sólo retrospectivamente podía ser identificado su portento, la identificación de lo recurrente en lo aparentemente contingente era más un diagnóstico posterior que una certeza anterior paralizante. El carácter esencial del control del tiempo se manifiesta en sí mismo en sutiles modos, profundamente ocultos a los ojos humanos. Los eventos permanecían problemáticos en su experimentación, sin ser la innovación y el esfuerzo desesperado prevenido ni inhibido. En la experiencia humana, los resultados permanecen contingentes hasta manifestarse.

Sin embargo, a unos pocos acontecimientos les era concedido un status especial, siendo reconocidos como signos de lo que había sido presagiado. En un lugar llamado Otumba, los españoles, que huían renqueando de Tenochtitlan luego de la expulsión de la Noche Triste, fueron enfrentados por un mar de guerreros mexicas: un mar evaporado de pronto cuando Cortés y sus hombres de a caballo lo atravesaron, abatiendo a su líder y apoderándose del estandarte caído. La batalla de Otumba es importante para nosotros porque, desde nuestra perspectiva, fue la mejor oportunidad que tuvieron los mexicas de acabar con los españoles en su momento más vulnerable. Los relatos de los españoles identifican el abatimiento del líder como un hecho decisivo, pero mientras que la caída del líder resultaba ominosa (y el ataque sobre un comandante no involucrado

activamente en la batalla, deshonroso), era la captura del estandarte lo que importaba a los mexicas. Nuestra tentación inicial es la de anular esta evidencia mencionando el familiar apego emocional de un cuerpo de hombres combatientes por sus colores: recordar las desesperadas luchas por jirones de seda en Waterloo; La obstinada pasión de una legión romana en persecución de su perdido estandarte y de su honor. Puede haber habido algo de todo esto en el caso que nos ocupa. Pero la captura del estandarte era para los indios menos un golpe al orgullo colectivo que una declaración: un signo de que la batalla iba a volverse, en realidad se había vuelto, contra ellos.

Cortés relató su determinado ataque sobre “el gran Taco”, la pirámide de Huitzilopochtli, durante el primer combate en Tenochtitlán, sosteniendo que tras tres horas de lucha logró limpiar el templo de indios y prenderle fuego. También notó que la captura de la pirámide “dañó tanto su confianza que comenzaron a debilitarse enormemente por todos los costados”: el signo había sido percibido. Si la captura hubiese sido tan decisiva como Cortés sostiene, podríamos esperar más que “debilitamiento”, pero cuán completo fue éste es algo problemático: en el relato de Díaz, los españoles eran rechazados luego de haber prendido fuego al templo. El suceso claramente era importante para los indios y Díaz subraya la frecuencia con la que ha visto esa batalla particular representada en los relatos indios más tardíos. Explicó esta fijación diciendo que los indios tomaron este asalto como una cosa muy heroica, dado que los españoles eran representados “malheridos y corriendo ensangrentados, con muchos muertos, en las pinturas que hicieron de la quema del templo, con los numerosos guardianes custodiándolo”. Pienso en cambio que lo que las representaciones querían dejar en claro era que a pesar del incendio del templo, los españoles no habían obtenido el dominio absoluto de la situación que de hecho hubiera implicado una victoria. El vigor del ataque debe haber hecho incluso más urgente la reparación del templo luego de la expulsión de los españoles- ese período en el cual nosotros, con nuestras nociones de estrategia, esperamos en vano que los mexicas atacaran a los debilitados españoles y los terminaran, mientras que ellos en cambio se prepararon para la batalla de Otumba, leyeron el mensaje de la captura del estandarte e hicieron de ese día uno provechoso.

Bien entrada la segunda fase de la conquista, los porta estandartes españoles siguieron siendo objetivos especiales, siendo objeto de tan feroces ataques que “uno nuevo era necesario cada día.” Pero los mexicas habían comenzado a prestarle menos atención a los signos, porque habían descubierto que los españoles los ignoraban. En el curso de la victoria, un importante estandarte español había sido de hecho capturado: “Los guerreros de Tlatelolco capturaron el estandarte en el lugar hoy conocido como San Martín.” Pero mientras el guerrero que había tomado el estandarte era cuidadosamente conmemorado, “Ellos se burlaban de su valor y lo consideraban de poca importancia”. Los informantes de Sahagún simplemente registran que los españoles “sólo siguieron luchando.” Ignorando los signos de la derrota, los españoles eran igualmente descuidados respecto de los signos de la victoria. Cuando un contingente español penetró el mercado de Tlatelolco, donde los mexicas habían instalado su último refugio, los soldados se las arreglaron para alcanzar la punta de la pirámide principal, para prender fuego los templos y para

instalar sus estandartes antes de ser obligados a replegarse. (“La gente del común empezó a lamentarse, esperando el comienzo del saqueo”, pero los guerreros, acostumbrados a los métodos españoles, no tenían tal expectativa. Ellos sabían que la lucha continuaría: estos enemigos eran tan ciegos ante los signos como sordos ante la decencia). Al día siguiente, desde su propio campamento Cortés se quedó perplejo al ver que las llamas todavía no habían sido apagadas, y los estandartes seguían en su lugar. Los mexicas respetaban los signos y los dejaban permanecer, incluso si los bárbaros no lo hacían, incluso si los signos habían perdido su eficacia, incluso si las reglas de la guerra estaban suspendidas.

John Keegan ha caracterizado a la batalla como “un conflicto esencialmente moral, que requiere un acto de voluntad recíproco y sostenido entre dos partes enfrentadas, y que, si tiene que tener una definición, implica el colapso moral de una de ellas.” Paradójicamente, esta reciprocidad es más esencial en el momento del quiebre del contrato. Rendirse, aceptar la derrota y conceder la victoria, es un asunto complejo, a la vez una redefinición del propio ser y de la propia capacidad de acción efectiva, y una redefinición de la relación que se mantiene con el enemigo. Estas redefiniciones deben ser reconocidas por el oponente. Cuando los indicadores que señalan la derrota y permiten que el “colapso moral” ocurra no son reconocidos, ni la victoria ni la derrota son posibles, y nos acercamos a una zona siniestra en la que no puede haber otra resolución que la muerte.

Esto, pienso, es lo que sucedió en México. Los "signos" son signos equívocos, especialmente cuando apuntan no a una temporaria sumisión de duración incierta, sino al fin de la dominación imperial de un pueblo. El precario edificio del "imperio" no había sobrevivido a la intromisión de los españoles-hombres sin ciudad, y por eso fuera de los juegos centrales del poder y el castigo. Su colapso había sido proclamado por Quauhtemoc, "Él que cae como un águila", que había reemplazado al difunto Cuitlahuac como Gran Orador, cuando ofreció una remesa general de tributo por un año a cambio de ayuda contra los españoles: el tributo es producto del poder de extraerlo. En las batallas finales, los mexicas luchaban por la integridad de su ciudad, como tantos otros habían luchado anteriormente. Ellos conocían el asentado odio de los Tlaxcala y la envidia de otros pueblos. Tal vez incluso contra estos enemigos indios podrían haber continuado peleando, atacando, a pesar de los signos de la derrota. En cambio, contra los españoles, oportunistas cobardes, en los que no se podía confiar, que despreciaban los signos de la victoria y la derrota, no había alternativas: los mexicas debían limitarse a resistir.

Las crónicas registran historias de hechos heroicos: de guerreros dispersando a los españoles delante de ellos, de la gran victoria sobre la tropa de Cortés, con aterrorizados españoles dando vueltas "como hombres borrachos", y cincuenta y tres capturados para ser sacrificados. Los relatos españoles nos cuentan que la victoria que había dado tantos cautivos al Dios de la Guerra de los mexicas había sido ganada en ese momento para indicar la probabilidad de una victoria final de los mexicas, esperanzadamente profetizada por los sacerdotes como llegando dentro de los siguientes ocho días. (Los registros indios no pierden el tiempo con falsas inferencias ni con augurios mal entendidos). Los aliados de Cortés, respetuosos de los signos, se alejaron del escenario durante ese lapso. Pero los días pasaban, la victoria decisiva no llegaba, y la danza macabra seguía

su curso.

Y todo este tiempo, mientras guerreros individuales hallaban su gloria individual, la ciudad moría: hambrienta y sedienta, se ahogaba en su propia muerte. Este lento estrangulamiento es contado como si fuera algo separado de la batalla, y así debía ser en la mentalidad de los mexicas. Otra corta gloria fue obtenida, cuando los guerreros Águila y Ocelote, hombres de las dos más altas órdenes militares, fueron silenciosamente empujados en canoas disimuladas hacia donde les fuera posible colarse entre los aliados nativos del saqueo, para que desparramaran un miedo letal entre ellos. Sin embargo, el estrangulamiento seguía sin compasión: "Ellos de verdad herían todo a nuestro alrededor, nos rodeaban, nadie podía ir a ningún lado… De hecho, muchos murieron en el apiñamiento."

Los mexicas hicieron su jugada final. Aquí el componente simbólico, siempre presente en el combate, es evidente. Quauhtemoc y sus principales consejeros seleccionaron un gran guerrero, lo vistieron con los atavíos del Búho Quetzal, los atuendos de combate del gran Ahuitzol, que había gobernado antes que el despreciado Moctezuma, y lo armaron con los dardos de punta de piedra de Huitzilopochtli; así él se convertía, como decían, en "uno de los numerosos gobernantes mexicas." Fue enviado a arrojar sus dardos contra el enemigo: si los dardos daban en el blanco dos veces, los mexicas vencerían. Magnífico con sus plumas de quetzal desplegadas, con sus cuatro sirvientes, el Búho Quetzal entró a la batalla. Durante un tiempo pudieron seguir sus movimientos entre los enemigos: reclamando el oro robado y las plumas de quetzal, tomando tres cautivos, o eso pensaron. Luego se tiró de una terraza y quedó fuera de vista. Los españoles no registran nada de este combate ejemplar.

Luego de este signo ambiguo, pasó otro día libre de acción: los españoles, inescrupulosos hasta el final, "sólo permanecían quietos; se echaban y miraban al pueblo común." Al día siguiente un gran heliotropo, un carbón llameante de luz, brilló a través de los cielos, para girar alrededor de la ciudad devastada y desvanecerse más tarde en medio del lago. Ningún español vio el cometa de fuego que marcó el fin de la Tenochtitlán imperial. Tal vez ningún indio lo vio. Pero sabían por los signos que grandes sucesos debían ser esperados, y que tenía que haber habido un signo. Por la mañana Quauhtemoc, habiendo escuchado el consejo de sus señores, abandonó la ciudad. Fue capturado en medio de su huida, para ser llevado ante Cortés. Sólo entonces su pueblo abandonó la arruinada ciudad.

Así fue que los mexicas se subordinaron a su destino, cuando éste se hizo evidente. Un cierto orden de las cosas había sido declarado finalizado: el período de la dominación mexica y la primacía de Tenochtitlán se había terminado.

Una particular sección de los Anales de Tlatelolco es frecuentemente citada para demostrar lo completa que fue esta obliteración de un modo de vida y un modo de pensamiento. Dice así:

Lanzas quebradas yacen en los caminos;
nos hemos arrancado los cabellos en nuestra pena.
Las casas no tienen techos ahora, y sus paredes

están rojas de sangre.

Los gusanos pululan en las calles y plazas
y las paredes están salpicadas con sangre.
El agua se ha vuelto roja, como si estuviera teñida,
y cuando la tomamos,
tiene el sabor de las lágrimas.

Hemos golpeado nuestras manos en la desesperación
contra las paredes de adobe,
porque nuestro patrimonio, nuestra ciudad, está perdida y muerta.
Los escudos de nuestros guerreros eran su defensa,
Pero ellos no pudieron salvarla.

Y así continúa. Pero lo que es notable aquí (además del poder poético del fragmento) es que el "lamento" era una forma tradicional, manteniéndose como tal tras la derrota, que permitía localizarla y volverla inteligible, analizándola bajo la forma tradicional. Si la visión mexica del imperio estaba finalizada, su pueblo, y su sentido de distinción en tanto pueblo, no lo estaban. Los grandes ídolos de los templos habían sido "contrabandeados" fuera de la ciudad por sus custodios antes de su caída, y enviados a Tula, retrazando así su antigua ruta migratoria. Una visión cíclica del tiempo tiene sus comodidades. Y si la historia del retorno de Quetzacoatl tal como fue presentada en el Códice Florentino es una imposición posterior a la conquista, como es probable, y si de verdad esa historia se aparta de los modos nativos tradicionales de dar cuenta del accionar humano, con la conducta de Moctezuma descripta no sólo para memorizar su vergüenza, sino también para explicar la derrota, como creo que hace; si todo esto así, entonces, la fabricación de esta historia alude a la preocupación por construir una historia pública viable y satisfactoria para los conquistados, un mito emoliente, generado en parte desde una matriz epistemológica europea para acompañar la catástrofe de la derrota mexica.

III

Y ahora, finalmente, las consecuencias.

Hay algo seductor para nuestro sentido de la ironía en la teoría que sostiene que los hechos heroicos españoles, tal como ellos los veían, eran juzgados vergonzosos por los guerreros mexicas. Pero claro, las actitudes de quienes perdieron tienen poca resonancia histórica. Las actitudes de los vencedores tienen una resonancia mayor. Aquí quiero perseguir una impresión. Cualquiera que haya trabajado en la historia de México- sospecho que lo mismo puede decirse del resto de Latinoamérica, pero no puedo decir nada al respecto- se sorprende dolorosamente por la visible e incorregible división entre los habitantes aborígenes y los venidos de Europa, a pesar de la proximidad doméstica de sus vidas y por la duración cronológica de la sistemática injusticia social basada en esa división, cualquiera sea la forma de gobierno, cualquiera sea la retórica pública. Estoy persuadida de que en México los términos de la relación

entre los aborígenes y los recién llegados de fuera fueron establecidos muy tempranamente. Un grupo de misioneros reformistas y jueces rectos en el siglo XVI estaba sorprendido y escandalizado por lo que veía como crueldad en el maltrato de los españoles hacia los indios; crueldades perdonadas apelando al propio interés. Los españoles habían sido tremendamente brutales en el Caribe, donde los indios estaban en un nivel tan simple de organización social que no pudieron sobrevivir a los esfuerzos españoles por explotarlos. Sin embargo, en sus primeros encuentros con los pueblos de México los españoles se habían declarado profundamente impresionados. La alianza de Cortés con los tlaxcala parece haber implicado cooperación genuina, una razonablemente desarrollada noción de reciprocidad, y (sin ser sentimentales) cierto afecto entre los individuos.

Luego algo sucedió, un quiebre crucial en la simpatía. Siempre es difícil argumentar que las cosas podrían haber sido distintas de como fueron, sobre todo en el remolino político del México de después de la conquista. Pero a pesar de la persistente destreza de sus maniobras políticas en medio de los resultados de la conquista, tengo la sensación de que Cortés renunció tanto a su control sobre la formación de las relaciones entre españoles e indios como a sus políticas naturalmente conservadoras- un proteccionismo basado en el pragmatismo antes que en la humanidad, pero igualmente efectivo- más temprano y más fácilmente de lo que su conducta previa nos hubiera hecho esperar. Su mudanza a Honduras en octubre de 1524 fue una extraordinaria abdicación de la autoridad oficial que había buscado durante tanto tiempo y que había ejercido sólo por un año, y que marcó el fin de su rol efectivo en Nueva España. Tendemos a querer a nuestros héroes, ya sean villanos, santos o maquiavelos, de una sola pieza: inmodificables, inmaculados emblemas de las cualidades que les asignamos, impermeables a la experiencia. Pero hay indicadores, tanto en sus escritos como en sus acciones, de que Cortés fue modificado por su experiencia en México, y que ese cambio tuvo que ver con el obstinado, y, a ojos de los españoles profundamente “irracional” rechazo o incapacidad de los mexicas para rendirse.

Cortés era sensible a la belleza física y a la complejidad social de la gran ciudad de Tenochtitlán. Era el sueño de la ciudad el que había encendido su admiración y provisto el foco para todas sus acciones. Debemos recordar que Tenochtitlán era una maravilla, eclipsando a las otras ciudades de Mesoamérica (y Europa) en tamaño, elegancia, orden y magnificencia para el espectáculo. Cortés había maquinado la compleja y difícil estrategia del bloqueo, y había llevado adelante la tarea titánica de implementarla, para preservar la ciudad demostrando lo inútil de toda resistencia. Luego contempló las lentas idas y vueltas de la lucha en las calzadas, mientras los defensores, sin cuidado por sus propias vidas, retomaban por la noche lo que dolorosamente había sido obtenido durante el día. Condujo a sus hombres hacia las calzadas, en miseria física y peligro constante, y luego se vio forzado a llevar a cabo la sistemática destrucción de las estructuras a lo largo de las calzadas para asegurar los metros ganados, una arriesgada prolongación de una tarea ya suficientemente larga.

Así, con paciencia, el acceso a la ciudad fue ganado, y el lazo del hambre estrechado. Desde ese punto, la victoria era en los términos de los españoles (y en los nuestros) inevitable. Sin embargo, aún la resistencia continuaba, tomando ventaja de cada esquina y cada azotea. Así, la tarea de demolición siguió su

curso. Por fin, desde la punta de una gran pirámide Cortés pudo ver que los españoles habían ganado siete octavos de lo que una vez había sido la ciudad, con la gente restante apretujada en un rincón en el que las casas se habían construido sobre el agua. El hambre era tan extrema que incluso las raíces y la corteza habían sido mordisqueadas; los sobrevivientes eran ya sombras tambaleantes, pero sombras que todavía resistían.

La frustración de Cortés al verse forzado a destruir la ciudad que tanto había deseado capturar intacta es evidente, tanto como su perplejidad ante la tenacidad de una resistencia tan inútil: “Como nosotros habíamos entrado a la ciudad desde nuestro campamento dos o tres días seguidos, además de los tres o cuatro ataques previos, y como habíamos sido siempre victoriosos, matando con arcos, arcabuces y escopetas un infinito número de enemigos, nosotros esperábamos cada día que ellos demandaran la paz, la cual deseábamos tanto como nuestra propia salvación; pero nada de lo que hiciéramos podía inducirlos a ello”. Luego de otro ataque que prácticamente no halló resistencia, “Nosotros no podíamos sino entristecernos por su determinación de morir”.

Cortés no tenía estómago para atacar nuevamente. En cambio, apeló como último recurso al terror. No el terror de las matanzas masivas: esa arma había perdido su eficacia tiempo atrás. Construyó una máquina de guerra, una intimidatoria pieza de tecnología europea que presentaba la ventaja de no requerir pólvora: la maravillosa catapulta. Era un trabajo de tres o cuatro días, de cal, piedra y madera, luego las enormes cuerdas, y las piedras grandes como damajuanas. Estaba designado, como un relato nativo fríamente registra, “para apedrear a la gente del común”. No funcionó como se esperaba, las piedras goteaban débilmente desde la honda. La labor de forzar la rendición permanecía en pie.

Cuatro días esperando pacientes, cuatro días que acercaban a la muerte por hambre, y los españoles ingresaron a la ciudad nuevamente. Nuevamente encontraron figuras fantasmales, de mujeres y niños demacrados, y vieron a los guerreros aún situados en las azoteas, pero silenciosos ahora y desarmados, envueltos en sus capas. Y todavía la pretensión infructuosa a la hora de negociar, la estúpida, obstinada resistencia.

Cortés atacó, matando “más de doce mil”, como estimó. Otro encuentro con algunos señores, y otra vez ellos rechazaron todos los términos que no fueran una muerte rápida. Cortés agotó su famosa elocuencia: “Dije muchas cosas para persuadirlos de rendirse pero todas sin ningún provecho, aunque les mostramos más signos de paz que los que han sido mostrados alguna vez a un pueblo vencido, porque nosotros, por la gracia de nuestro señor, éramos ahora los vencedores”. Liberó a un noble capturado, encargándole que urgiera a los suyos a la rendición: la única respuesta fue un repentino y desesperado ataque, y más indios murieron. Cortés tenía preparada una plataforma en la plaza del mercado de Tlatelolco, lista para la ceremonia de rendición, con comida preparada para el festejo que debería marcar ese momento: todavía se aferraba a la ficción europea de los dos gobernantes encontrándose de acuerdo con un mutuo entendimiento para la transferencia de un imperio. No hubo respuesta.

Dos días más, y Cortés desató a los aliados. Lo que siguió fue una masacre de hombres que no tenían flechas, lanzas ni piedras; de mujeres y niños

tropezándose y cayendo en los cuerpos de sus propios muertos. Cortés pensó que cuarenta mil pudieron haber sido los tomados prisioneros y muertos en ese día. Al día siguiente se hizo traer tres pesados cañones a la ciudad. Tal como lo explicó a su distante rey, el enemigo, estando ahora “tan apiñado que no tiene espacio para volverse, podría aplastarnos mientras atacamos, sin ni siquiera pelear. Quisiera entonces hacerles algún daño con los cañones, y así inducirlos a salir a nuestro encuentro”. También había apostado los bergantines para penetrar por entre las casas al interior del lago, donde las últimas de las canoas mexicas estaban apiñadas. Con el disparo de los cañones la acción final comenzó. La ciudad era ahora una hedionda desolación de cuerpos podridos y amontonados, de hombres muertos de hambre, con niños y mujeres arrastrándose entre ellos o luchando entre las aguas. Quauhtemoc fue capturado en su canoa, y finalmente llevado ante Cortés, para hacer su pedido de muerte, y los sobrevivientes comenzaron a salir en fila, esta gente una vez inmaculada, ahora “tan flaca, pálida, sucia y hedionda que daba pena verlos”.

Cortés había invocado una razón pragmática para contener su mano en la toma de Tenochtitlán: si los españoles intentaban tomar por asalto la ciudad los mexicas tirarían todas sus riquezas al agua, o serían saqueados por los aliados, y así parte del beneficio sería perdido. Creo que su perturbación iba más lejos. Sus más tempranas narrativas de batalla ejemplifican aquellas espléndidas simplificaciones cesarianas identificadas por John Keegan: movimiento disyuntivo, uniformidad en el comportamiento, descripción simplificada, motivación simplificada. Ese estilo de alto control, de apresamiento autoritario, vacila cuando debe justificar su propia derrota en las calzadas, que costó tantas vidas a los españoles. Luego se recupera brevemente, para quebrarse, definitiva y permanentemente en los últimos tramos de su relato de la batalla de Tenochtitlán. La narrativa soldadesca pierde su dirección cuando despliega más y más detalles para demostrar el sentido pleno de su propio accionar, y disertar más y más sobre los estados y las intenciones de los nativos.

La estrategia de Cortés en el mundo había consistido en tratar a todos los hombres, indios o españoles, como seres manipulables. Esta obstinada negación del problema de la "otredad", usualmente tan beneficiosa, había llevado en este caso a la bancarrota. Había sido forzado a parodiar sus anteriores y alguna vez exitosas estrategias. Su uso del equipamiento europeo para aterrorizar había producido la elaborada amenaza de la catapulta, y luego su ridículo fracaso. Los procedimientos usuales en una batalla - provocar terror entre los poblados, masacres ejemplificadoras- tomaron un aspecto no familiar cuando los fines para los que esos medios estaban pensados demostraron ser fantasmales, cuando la matanza no conducía al pánico o a los ruegos de paz, sino a un lento conducirse hacia la muerte. Incluso el asunto de disparar un cañón debe haber tomado un nuevo significado: usar el cañón para limpiar una calle en disputa o una calzada o para dispersar guerreros amasados era una cosa; usarlo para quebrar una masa amontonada de exhausta miseria humana era otra muy distinta. Es posible que mientras atravesaba su degradada rutina de estratagemas en esos últimos días, Cortés fuera llevado a entrever parte de la visión que los indios tenían de la naturaleza y la cualidad del guerrero español.

Su privilegio en tanto vencedor era poder inspeccionar la irreal devastación

de la ciudad que había sido el precio brillante y la justificación magnífica para su insubordinación, y para las desesperadas luchas y sufrimientos a lo largo de dos largos años, ahora reducida por una perversa y obstinada resistencia a ser un grupo de cascotes sucios, mientras sus antes magníficos señores, su entera espléndida jerarquía, se veían convertidos en un montón de despojos humanos indiferenciados. Esta resistencia había sido sin duda "irracional", pero estremecedoramente deliberada.

Había visto también la crueldad fóbica de los aliados, muy especialmente la de los tlaxcala. Cortés había conocido esa crueldad anteriormente y había hecho uso y sacado provecho de ella. Pero en ese último día de matanza, los tlaxcala habían matado y matado entre un lamento de mujeres y niños tan terriblemente "que no había ni un solo hombre entre nosotros cuyo corazón no sangrara ante el sonido."

Esas matanzas lujuriosas se oponen totalmente a lo que he llamado los "protocolos del combate indio". La actuación tlaxcala de guerrero contra guerrero había sido lo suficientemente convencional: los vemos intercambiando insultos y retándose a duelo con los guerreros mexicas; discutiendo sobre el lugar del peligro mientras escoltaban a los bergantines por sobre las montañas. Es posible que hayan llegado a juzgar las inadecuaciones del modo español de batallar con la indulgencia del conocimiento adquirido, o (más probablemente) que pensaran que los delitos de los españoles no eran de su incumbencia. Durante la conquista se desempeñaron como aliados de los españoles, asociados de ninguna manera subordinados y, dado lo enorme de su inversión, probablemente se consideraran los socios más importantes de la asociación. Es en su actitud hacia Tenochtitlán y sus habitantes que su comportamiento se vuelve anómalo. Cortés recuerda que cuando él tomó la decisión de arrasar los edificios de la ciudad, un proyecto laborioso e intimidante, los tlaxcala estaban felices. Todos los que no eran mexicas habrían deseado saquear Tenochtitlán, si se hubieran atrevido, y todos tenían descargos que hacer contra la arrogancia mexica. Ningún vencedor hubiera dejado la ciudad intacta, construida como estaba como testamento del derecho de los mexicas a gobernar. Sin embargo, el gusto tlaxcala por la destrucción era extravagante. Sólo los tlaxcala eran incansables en su odio por los mexicas: otras ciudades esperaron y miraron a lo largo de la larga batalla por las calzadas, "leyendo los signos" en la decadencia de lo que llamaríamos las fortunas de la batalla, entrando y saliendo de las alianzas, hábiles como bailarines. Sólo los tlaxcala no buscaban ni saqueo ni cautivos mientras estuvieron en Tenochtitlán; ellos buscaban matar ¿Dónde está la exención para los no guerreros, la pasión por las capturas personales, por los objetivos limitados de la extracción de tributo, en esas matanzas? ¿Es esto un entregarse a la violencia extática luego de una lucha frustrante y dolorosamente llevada adelante?

Las masacres permitidas son infelizmente ordinarias, pero existen explicaciones más peculiares. Los tlaxcala habían señalado su particular odio por los mexicas anteriormente: en la primera partida de los españoles hacia la ciudad mexica los tlaxcala, advirtiendo a los españoles de la deslealtad crónica de los mexica, ofrecieron consejos estremecedoramente explícitos: “Al pelear contra los mexicas, dijeron, deberíamos matar a todos los que sea posible, no dejando ni uno vivo: ni a los jóvenes, no sea que empuñen las armas de nuevo, ni a los ancianos,

no sea que den consejo”. Su exclusión de larga data del juego de las alianzas políticas de los mexicas, junto con el enorme poder de los mexicas, los había liberado como a los más excluidos de las restricciones “normales”. Mientras otras formidables ciudades y provincias nahua parlantes eran anexadas al imperio, los tlaxcala fueron dejados afuera. He llegado a ver su exclusión, su rol como marginados, no como un desvío infortunado sino como un requerimiento estructural, un corolario necesario del tipo de imperio que era el mexica. Cuando le preguntaron si podía derrotar a los tlaxcala si así lo quería, Moctezuma respondió que podía, pero que prefería tener un enemigo contra el cual probar a sus guerreros y que le permitiera asegurarse víctimas de alta calidad. Yo le creo¿Cómo si no, con campañas guerreras que llegaban cada vez más lejos, hacer real la retórica, el encanto, la autenticidad de los riesgos de la guerra? La extralimitada metáfora de la vida mexica era desafiada y la fantasía política de dominar el destino requería un antagonista / víctima plausible. Ese rol esencial había derivado en los tlaxcala. Ellos no guardaban ningún respeto por la visión que los mexicas tenían de ellos mismos, y eran enemigos próximos, encerrados como gallos de riña en un gallinero- hasta que llegaron los españoles. Aquellos hombres descarriados, sin una ciudad no podían ser perseguidos, sometidos o incorporados: sólo podían ser destruidos, y los talentos proteccionistas de Cortés y la predilección cultural mexica por capturar enemigos importantes vivos se combinaba para evitarlo. El castillo de naipes del extenso imperio se había vuelto inestable por la mera presencia de los tlaxcala, luego ellos desafiaron la reciprocidad de intereses que unía las ciudades estado del valle, y abriendo así a Tenochtitlán para un ataque, en el que los tlaxcala tuvieron su oportunidad de destruir a un mismo tiempo a la ciudad y su gente.

Escribiendo más tarde sobre ese día de matanza, y sobre lo que vio a sus “amigos” indios hacer allí, Cortés fue llevado a producir una de sus extrañas afirmaciones generales: “Ninguna raza, no importa cuan salvaje fuera, ha practicado alguna vez la crueldad feroz y anti-natural de los nativos de estas partes”. Crueldad “anti-natural”. Contra natura. Un término pesadamente cargado en la España del temprano siglo XVI. Cortés había descrito a Moctezuma como un "señor bárbaro" en sus tempranas cartas, pero había hecho eso en el curso de una elaborada descripción de la ciudad mexica, cuyas obras complejas demostraban que el gobernante mexica era un “bárbaro” de la clase más extraña y civilizada. Creo que su visión fue transformada por la experiencia del sitio. Allí Cortés vio “la crueldad feroz y anti-natural”, una indiferencia contra natura hacia el sufrimiento, una indiferencia contra natura hacia la muerte: una terrorífica y terminal demostración de "otredad", y de la imposibilidad cognitiva y práctica de manejarlos. Todorov ha llamado a Cortés un maestro en la comunicación humana. Aquí el maestro ha encontrado sus límites.

En lo que siguió a la caída de la ciudad, los españoles expresaron sus propias crueldades. Había un costado perverso en algunas de las cosas que hicieron, especialmente en aquellas hechas contra los hombres más obviamente relacionados con la custodia de la cultura india. Había un tipo especial de muerte para los sacerdotes como el Guardián de la Casa Negra de Tenochtitlán, y otros hombres sabios que venían de Texcoco de su propia voluntad, trayendo con ellos sus libros pintados. Ellos eran despedazados por los perros.

No estoy sugiriendo que se requiera alguna explicación especial para las brutalidades de los españoles o de cualquier otro conquistador. Todo lo que voy a sostener al final es que en la larga y terrible conversación de la guerra, a pesar de la aparente comprensión mutua del ataque y el contraataque, como en el juego de trampas y emboscadas construido alrededor de los bergantines, esa no-traducibilidad final del vocabulario de la batalla y los modos de concluirla dividieron a los españoles de los indios en nuevas y decisivas maneras. Si los guerreros indios aprendieron tempranamente que sus oponentes eran bárbaros, para los españoles y para Cortés, esa lección fue aprendida más profundamente recién en la última etapa donde los mexicas revelaron no estar sujetos a la razón “natural” como tampoco a las rutinas del manejo del prójimo. Una vez que el sentido de una otredad imposible de atemperar fue establecido, el resultado fue verdaderamente desolador.